

—Dorotea soy, sí Dorotea; cuentan que así decía yo que me llamaba cuando mi padre adoptivo me encontró; pero mi nueva madre quiso que me pusieran su nombre.

En tanto que esta escena pasaba, corrió por toda la casa la voz de que Isabel no era Isabel; se agolpó la gente al escuchar novedad tan extraña, D. Santiago acudió también, y después de varias explicaciones abrazó á Isabel y á Doña Joaquina, y quiso ser el padrino en el matrimonio de aquella y D. Julián.

—Una procesión, dijo Isabel, me arrebató á mi madre, y una procesión me dá madre y esposo.

—Hija mía, respondió Doña Joaquina abrazándola, benditas sean eternamente las procesiones!

Diciembre de 1838.



TRAS UN MAL NOS VIENEN CIENTO

.....no te rías de la conse-
ja y se te pase el consejo.

MATEO ALEMAN.

Don Gregorio Ventrículo, rico poblano, y soltero de unos cuarenta años, gordo y de anteojos, viene á México de paseo, y se prepara un domingo para ir á una casa á donde había sido invitado á comer.

Gregorio. Acepilla, Perico, acepilla, que se hace tarde y me espera Doña Mariquita en su casa de San Cosme.

Pedro. Acepillando estoy, señor; pero ¿y la comida?

Gregorio. Todo el día piensas en comer.

Pedro. Razón tengo á fe, pues no he almorzado.

Gregorio. ¿Y yo?

Pedro. Será su merced de más aguante que yo; puesto que ya son las dos de la tarde y no hemos olido cosa tragable.

Gregorio. ¿Conque no?

Pedro. Si no es el "atole" del desayuno, lo que es yo.... Y que ya dieron las dos.

Gregorio. Y aun cuando hubieran dado las ocho de la noche, ¿qué tendríamos con eso? Ninguna gracia harías, que los camellos se están tres y cuatro días tragando sol y bebiendo aire.

Pedro. Aristóteles dice que un buey voló: como puede que sí, puede que no.

Gregorio. ¿Pues dudas que un camello....?

Pedro. Lo que dudo es que yo sea camello.

Gregorio. ¿Luego eres más que un camello?

Pedro. Creo que sí.

Gregorio. Notable error. Un camello aguanta muchas arrobas caminando milla tras milla, y tú solamente sirves para acpillar la ropa, limpiar las botas, comer y jugar al trompo.

Pedro. ¿Nada más que para eso?

Gregorio. Y dormir como un lechón.

Pedro. ¿Nada más que para eso?

Gregorio. Nada más.

Pedro. Mire bien, señor, lo que dice.

Gregorio. Remirado lo tengo.

Pedro. ¿Está vd. seguro de ello?

Gregorio. Digo que sí.

Pedro. Pues entonces hágame su merced el favor de decirme ¿quién llevaba las esquelillas á....?

Gregorio. ¡Calla!

Pedro. En papel de color....

Gregorio. ¡Calla!

Pedro. Y filete dorado....

Gregorio. ¡Charlatán!.... Tú lo que quieres es comer: (Dale dinero). Toma, y vete á un bodegón.

Pedro. Comer quiero, sí señor, porque es fuerza comer.

Gregorio. Es fuerza comer, pero no tan seguido, que se ha de comer para vivir, y no vivir para comer.

Pedro. Está bien, señor amo, ya no se me olvidará.

Gregorio. (saliendo á la calle). Tiene razón Perico, es fuerza comer.... Mi estómago me lo grita con voz de trueno: y mi debilidad apoya sus razonamientos. ¡Oh miseria humana! tener el hombre que comer por fuerza, y llenar de inmundicia su vientre.... Bien decía Sócrates.... Pero Sócrates no decía nada.... Yo soy el podenco que lo dice: "Un buen plato y una cama y dormir hasta mañana." ¡San Cosme!.... ¡Ay! ¡qué léjos está! Cerca tengo la plaza mayor, y un coche.... Cuatro reales lo menos.... ¡Ay Dios mío!.... ¡por poco me rompo la cabeza! ¡Malditos

ricos! ¡qué daño hacen en todas partes! Vea vd. el declive de esa piedra: para qué sirve?—Para que pase la rueda del coche y se mate la gente honrada. Y además, son tas estrechas estas aceras, que no se puede caminar aprisa.... ¡Ah! ¡condenada suerte!....

Una mujer. ¿Qué no ve vd.? Parecen caballos estos ingleses de Santa Anita.

Gregorio (agarrándose las narices). ¡Bueno!.... Después que me lastima las narices.... No se puede andar en México sin que.... (Pisa el talón de una mujer que va adelante).

Mujer. ¡Qué bruto!.... Pues no me sacó con su pezuña el zapato!....

Gregorio. ¡Qué zapato, si es chancleta!

Mujer. Mire qué roto sinvergüenza.... ¡Que no se llevara el diablo á estas gentes!....

Gregorio. ¡Jesús qué boca! Tengamos filosofía. (Un ginete montado á la inglesa, por lucir delante de unas damas, acosa el caballo y lo echa contra Gregorio.) ¡A un lado!

Gregorio. ¡A un lado! Y ya me atropelló, y ya subió el caballo á la acera. (Baja de la acera, huyendo del caballo, y da contra los frisonos de un coche, recibiendo un latigazo que á la sazón les dirigía el cochero.) ¡Ay!.... ¡ay! Me partió el brazo. (Quiere pasar á la acera del frente, y le detiene un coche de alquiler). No se puede andar en

Gregorio. Rematado lo tengo.

México, no se puede: hay muchos coches, muchos caballos.... ¡oh! no cabe duda, hay muchos caballos en México; pero los más atrabancados son los de ultramar, esto es, los frisonos. (Sube á la acera. Un hombre, que lleva en la cabeza una canasta con pan, le tira con ella el sombrero). ¿Será posible que no pueda yo dar dos pasos sin un contratiempo? Y, ¡cosa rara! hasta parece que los anteojos me molestan. La invención de los anteojos no se puede dudar que es muy útil, y más para los que como yo.... (Alza la cabeza por acaso y ve á unas señoras sus conocidas, que al verlo, apenas disimulaban la risa). ¡Válgame Dios!.... Si habrán visto que yo.... Señoritas.... (En medio de su turbación y atolondramiento se quita los anteojos en lugar del sombrero, y con ellos las saluda). Señoritas....

Las señoras. (riendo). Adiós, señor Ventrículo.... ¡Ha!.... ¡Ha!....

Gregorio. (corriendo). La fortuna me persigue: ¡tanta risa por una simpleza!.... (Encuentra con una señora, y ambos quieren pasar por un mismo lado, hasta que D. Gregorio, ya impaciente, la agarra de los brazos y la baja de la acera).

La señora. ¡Qué falta de atención! ¡y qué tosquedad de hombre!

Gregorio. (caminando). Pues bonito soy yo para andar con mimos y contemplaciones. Si me pusiera ahora á hacer monadas

y reverencias á todos los que pasan, llegaría á mi término con el Antecristo. En Puebla ya se podría, porque nadie sale á la calle, y todos son muy recogidos y puntillosos: á la iglesia, y nada más; ¿pero en México? con tanto holgazán, y tanto.... Sí, ya voy: me están peinando. Empero esta hambre no me deja respirar.... Y quién sabe si Doña Mariquita habrá comido ya desesperada de tanto aguardarme... Dicen que el canto disipa las tristezas: ¿pues qué mayor tristeza que la que el hambre da? (Canta á media voz).

Tus ojuelos, niña,
me matan....

(Pasa un hombre con un costal de harina, y le blanque el vestido). ¡Eh!.... ¡eh!.... ¡animal!.... Parecen bestias estos hombres: ¿por qué no se baja de la acera? (Límpiase). En México no puede uno estar un minuto limpio.... ¡oh maldecida ciudad!

Un muchacho. (ofreciéndole unas varas). Señor, vea vd. este bastón: lo daré barato.

Gregorio. No quiero.

Muchacho. No le he de dar menos de dos pesos.

Gregorio. Ni dado.

Muchacho. Vaya, señor, ¿pues qué tan malo es? (Méteselo en la cara y le da en las narices).

Gregorio. Paciencia, Dios mío, paciencia. (Apresura el paso: el muchacho le sigue).

Muchacho. Ofrezca vd. Es caña legítima.

Gregorio. No uso caña: me estorba al andar.

Muchacho. Todos los caballeros la usan.

Gregorio. Pues llévale una á Florismarte de Hircania.

Muchacho. ¿Dónde lo encontraré?

Gregorio. (iracundo). ¡En el infierno!

Muchacho. ¿Cuánto da vd. por la caña?

Gregorio. Un real.

Muchacho. ¿Tan poco vale? Nada pesa, señor, púlsela vd.

Gregorio. (cantando).

Tus ojuelos, niña,
me matan de....

Muchacho. Dóblela vd. y verá si es buena caña: parece de acero templado.

Gregorio. Siempre á la oreja como un lebel.—Es un palo cualquiera.

Muchacho. Dóblela vd. y si se rompe, la pierdo.

(Arrebátasela Gregorio, la dobla y la rompe).

Gregorio. ¿No lo dije? Es un palo cualquiera.

Muchacho. Es una caña que vale tres

pesos: yo no dije que la doblara vd. con tanta fuerza.

Gregorio. ¿Conque no?

Muchacho. No.

Gregorio. No pago nada.

Muchacho. Y muy que la pagará vd.

Gregorio. No pagaré.

Muchacho. Sí pagará.

Gregorio. (rabiando). Mira. . . . Hoy me pierdo.

Muchacho. Tres pesos.

Gregorio. Vete á rezar al Calvario.

Muchacho. Tres pesos. (La gente se reúne: el muchacho detiene á Gregorio). Vean vds., señores, cómo este hombre no me quiere pagar una caña que me ha roto.

Gregorio. Me dijo que la rompiera.

Muchacho. No dije tal. ¿Ustedes se figuran que había de suplicar al señor que me rompiera la caña? En caso de querer romperla, la hubiera roto yo, ó la hubiera tirado.

Un hombre. Tiene razón: ¿Quién ha de querer dañarse á sí?

Varios. Razón tiene el muchacho.

Gregorio. Pero señores. . . .

Muchacho. Yo soy un infeliz que mantengo á mi padre que es ciego, y á mi madre que es tullida, y á mi hermanita que es coja del pie derecho y tiene una nube en el ojo izquierdo. ¡Pobre de mí! ¿con qué pagaré al que me dió á vender las cañas? (Llorando). ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

Una mujer. Compasión da el pobre muchacho. . . . Estos rotos los tratan siempre á la baqueta.

Un hombre. Ya no caben estos ricos en el mundo, y no hallan cómo dañar á los pobres.

Una niña. (á una vieja que la lleva). ¿Qué será esto?

Vieja. Pronunciamiento del pueblo soberano.

Niña. ¿Quién es ese señor?

Vieja. No le conozco; pero dicen que es terrible si se enoja. ¡Corre! (Váanse á toda prisa).

Gregorio. (furioso). Déjenme ir, señores, que tengo un negocio urgentísimo.

Muchacho. No lo dejen ir.

Gregorio. ¡Oh gusano henchido de malicia! ¡oh corazón de serpiente!

Varios. ¡Pague la caña! ¡páguela!

Gregorio. Señores, la verdad es ésta: Yo no quería comprar la caña, el muchacho me la mete en las narices diciéndome que la doble á mi antojo, y que si se quiebra la perderá él: yo por quitármelo de encima, hice lo que pedía: rompióse, y santas pascuas: quien llama al toro, que aguante la cornada.

Uno de la policía. (abriéndose paso). ¿A dónde está el herido? ¿ha sido con puñal ó con tranchete?

Gregorio. Váyase el esbirro á su nego-

cio, y no venga á meterse en lo que no le importa.

El hombre de la policía. Este es el matador, puesto que me ha llamado esbirro.

Muchacho. Que me pague mis tres pesos, señor "Aguilita."

El hombre. ¡Ah! ¡con que el asunto son tres pesos!

Muchacho. Sí señor, porque me rompió esta vara.

El hombre. Venga el cuerpo del delito. (A Gregorio). Ya sabe vd., Diputación, ó tres pesos. (Gregorio sin vacilar da los tres pesos al muchacho, el hombre de la policía los arrebató y se los lleva).

Muchacho. ¡Mis tres pesos!

El hombre. Son el cuerpo del delito.

(Gregorio prosigue su camino, hacia la Alameda, un billeteo le sale al encuentro).

Billeteo. Un billete de Nuestra Señora de Guadalupe para el viernes. (Gregorio le mira aterrado, apresura el paso y se santigua). Vea vd., señor, es el número 7347: fuera vez nueve 3. Los tres mil se saca vd. indudablemente. (Gregorio atropellando á la gente, corre hasta entrar en la Alameda).

Gregorio. ¡Oh fortuna! ¡oh malhadada suerte! Parece que el destino me persigue. Si no fuera por la esperanza de llegar pronto y comer bien, ya me hubiera dado al diablo. (Saluda á una señora que encuentra). Doña Manuelita, ¿cómo está vd.?

Manuela. ¡Oh señor Don Gregorio! No sabía yo que estaba vd. en México.

Gregorio. He venido por unos días.

Manuela. Yo desde que vine de Puebla me he visto malísima. (Dejando el brazo de su criada y tomando el de Gregorio). Apenas puedo sostenerme: el médico me ha mandado hacer ejercicio.

Gregorio. ¡Cuánto lo siento! Y más no pudiendo tener la satisfacción de acompañar á vd. mucho tiempo, porque un negocio....

Manuela. ¡Ah! ya entiendo: se vuelve vd. mañana á Puebla. (A la criada). Dale al señor Don Gregorio la sombrilla para que me haga favor de cubrirme, porque yo no la puedo aguantar de debilidad.

Gregorio. Decía yo que me es imposible por ahora acompañar á vd. porque.... porque.... un compromiso.... estoy convidado á comer....

Manuela. Si quiere vd. honrarnos un día....

Gregorio. Mucho lo agradezco; pero.... con tanto dolor de mi corazón tendré que separarme.... Vd. disimulará....

Manuela. ¿Y cómo deja vd. Puebla?

Gregorio. Lo mismo que antes. Figúrese vd. que en oír misa, rasurarme, bañarme, vestirme y afeitarme, se me ha pasado el tiempo y no he almorzado; y ésta es la hora que....

Manuela. ¿Y almuerzo vd. en fonda, ó ha posado en casa de algún amigo?

Gregorio. Diré á vd., yo.... voy ahora

á San Cosme adonde estoy convidado á comer, de suerte que me es imposible más tiempo....

Manuela. ¿Conque va vd. ahora á San Cosme?

Gregorio. Sí, señorita.

Manuela. Pues entonces....

Gregorio. Bueno será que me apesure: ¿no es verdad? Porque, como dice mi criado, es fuerza comer.

Manuela. Tiene razón; y es mucha desgracia la mía en no tener apetito.

Gregorio. Mayor es la mía, señora.

Manuela. Acompañaré á vd. á San Cosme: á ver si con el ejercicio se abre la gana de comer.

Gregorio. ¡Dios mío!

Manuela. ¿Decía vd. algo?

Gregorio. Solamente pensaba que á vd. no le ha de convenir andar de prisa, y yo.... Figúrese vd. que ya son las dos y media....

Manuela. Es verdad: aún es temprano: descansaremos en esta glorieta.

(La señora se asienta, Gregorio tiende la vista á todas partes, descubre á un hombre, y dice:)

Gregorio. Allí descubro á un amigo, que tiempo ha que busco para preguntarle en dónde vive.

Manuela. ¿Cuyo es su nombre?

Gregorio. Pancracio Pachorra.

Manuela. ¡Ah! ya le conozco: vive en la

calle del Rastro, cerca de San Antonio Abad.

Gregorio. Con permiso de vd., voy á hablarle, porque no es de perder esta ocasión. (Vase hacia D. Pancracio). ¿Y que no haya un calabozo para estas gentes?.... Le hablaré á Pancracio, no sea que Doña Manuela conozca que fué pretexto para escaparme de ella.—Pancracio, ¿cómo te va?

Pancracio. ¡Oh amigo Gregorio!

Gregorio. Hombre, solamente te detuve para saludarte. Conque adiós.

Pancracio. ¿Por qué tan de prisa? tú no tienes por qué apurarte: eres rico y soltero, y no necesitas, como yo, sudar del día á la noche para mantener á tu familia.

Gregorio. Es verdad; pero has de saber que en este instante me urje una necesidad, que.... Conque agur....

Pancracio. ¿Supiste que parió mi mujer?

Gregorio. Sí, me has escrito diez cartas participándomelo; y si calculas una con otra á dos reales, y haces una multiplicación, te resultarán nada menos que veinte.

Pancracio. Aun no se te han olvidado las reglas de la aritmética.

Gregorio. No, gracias á Dios. Nos vemos.

Pancracio. Pero no sabes el nombre de mi hija.

Gregorio. Me lo dijiste antes de ayer.

Pancracio. ¿Pues cómo se llama?

Gregorio. Mariquita.

Pancracio. ¿Mariquita?

Gregorio. Es verdad: ese es el nombre de la señora que en San Cosme....

Pancracio. Se llama Virginia, porque á mi mujer le gusta mucho leer "Pablo y Virginia;" y así es que mi hijo se llama Pablo. Ya tú ves: Pablo y Virginia.

Gregorio. Si supieras que tengo un maldito dolor de muelas que ya me mata.... Voy á sacarme una, sí.... Adiós....

Pancracio. Mi mujer padecé ese mal incesantemente, y dice que siente unos dolores peores que los del parto; y no lo dudo, puesto que pone el grito en el cielo. Ayer nada menos estuvo toda la noche inconsolable; y luego, figúrate tú, criando á Virginia, que apenas tiene seis meses. Pero, ¡qué chulada de muchacha! parece una miniatura. Vamos á casa y la verás, comerás con nosotros, y estoy seguro que al punto te dan ganas de casarte viendo nuestra felicidad conyugal.

Gregorio. Pero tú te has puesto flaco y algo pálido.

Pancracio. Las desveladas, hijo, las desveladas.

Gregorio. Pues qué, ¿juegas ó bailas?

Pancracio. Nada de eso, sino que Virginia que está enferma de la tos, ha dado en llorar todas las noches; y estando mi mujer un poco mala de las muelas, y siendo la nodriza tan floja, tengo que levantarme y arrullar á la niña.... ¡Pero, hombre, si vie-

ras qué linda está! ¡y tiene una voz!.... Cantará con el tiempo mejor que tú.... Pues y el otro.... hace tiempo que no le ves: está adelantadísimo, ya sabe de coro las fábulas de Samaniego, y está aprendiendo ahora las de Iriarte. ¡Oh! es vivísimo: yo quiero que salga todo un hombre....

Gregorio. Excelente proyecto. Padres como tú necesita la patria.

Pancracio. Conque hoy eres mío: no hay escape: preciso es que comas conmigo.

Gregorio. No puede ser: estoy solemnemente comprometido á comer en casa de una señora en San Cosme.

Pancracio. No hay quite: hoy eres mío, y no hablemos más en el asunto.

Gregorio. ¡Pero si es imposible!

Pancracio. Es preciso que hagas un sacrificio por un amigo. Mira, en casa tengo un pastel que nos han regalado, y que ansia da verlo. Se te está haciendo agua la boca, vamos.

Gregorio. Yo bien quisiera; pero.... estoy comprometido, y mi palabra....

Pancracio. Mandaremos á un criado con un recado de tu parte, diciendo que estás enfermo.

Gregorio. No, no amigo mío: yo quisiera acompañarte, pero no me agrada mentir.

Pancracio. Mi mujer es la que guisa ahora, porque no tenemos cocinera, y ya sabes que mi mujer se pinta....

Gregorio. Es cierto, pero será otro día. . . .
Pancracio. No, no, ahora. . . . Voy á avisarle á mi mujer; te esperamos: no dilates. (Vase).

Gregorio. ¡No, no! Se fué. . . . Es trance fuerte: todos me convidan á comer. . . . También Doña Gervasia. . . . ¡Ah Dios mío! ¿quién se acordaba? Doña Gervasia me espera. . . . Si es imposible acudir á todas partes: necesitaba estómago de tambor. . . . No, primero es Doña Mariquita, Doña Gervasia será mañana, y pasado mañana Pancracio. . . . Muy bien. . . . Ya llego á la casa. . . . ¡ay! ¡qué vacío está mi estómago! . . . Pero no hay cuidado, Gregorito; dentro de diez minutos á más tardar, ya estarás henchido hasta el gollete. (Entra á una casa y ve á varios cargadores bajando muebles). ¿Qué es esto? Alguien se muda. . . . Si será Doña Mariquita. . . . (A un cargador.) ¿Quién se muda?

Cargador. No sé, señor amo.

Gregorio. ¿Pues quién ha llamado á vds.?

Cargador. Pues un señor.

Gregorio. (subiendo). No ha de ser Doña Mariquita: me lo hubiera mandado decir.

Un hombre (que cose zapatos en el patio). ¿Adónde va vd.?

Gregorio. Al entresuelo ¿Por qué lo preguntaba vd.?

Hombre. Para saberlo. ¿Cómo se llama vd.?

Gregorio. Gregorio Ventrículo. ¿Para qué lo quería vd. saber?

Hombre. Para nada. Suba vd.

Gregorio. Muchas gracias por tanto favor. Dígame vd. ¿Doña Mariquita es la que se muda?

Hombre. No: es el coronel que vive arriba; Doña Mariquita vive en el entresuelo.

Gregorio. Gracias á Dios. (Al llegar al primer descanso encuentra á unos cargadores que bajan una cómoda, y no pudiendo pasar, se pega á la pared no sin ser bien magullado).

Cargador. Hágase á un lado, señor amo.

Gregorio. ¿Y adónde, si la pared me detiene. . . . ¡Ah bárbaros! que me matan. . . . Están apoyando una esquina de la cómoda en mi pecho. . . . ¡Ay Dios mío! . . . ¡Mi sombrero! . . . (se le cae). No lo pisen. . . . ¡Ay! Salí por fin. . . . (Alza su sombrero y pónese á limpiar el vestido). Todo me he llenado de almagre, y mi pobre sombrero. . . . cuatro pesos. . . .

Tus ojuelos, niña. . . .

¿Qué veo? . . .

(Otros cargadores bajan un armario, Gregorio busca por donde pasar, y no puede).
¡Otro mueble!

Cargadores. Hágase á un lado su merced, señor amo. . . .

Gregorio. ¿Pero por dónde, si. . . .

Cargador. Si su merced es muy gordo, señor amo.

Gregorio. ¿Y qué te importa á tí eso?

(Gregorio quiere bajar, y se encuentra detenido por la cómoda; viendo sobre sí el armario, pone el hombro para recibirlo, y así, casi cargándolo, baja entre el armario y la cómoda). ¡Eh! ¡eh! ¡que me machucan!... alcen el armario, no soy cargador....

Cargador. ¡Ah señor amo! ¡cuidado!

Gregorio. (sudando). Ya no puedo.... lo suelto.... ¡me matan!.... ¡Uh!.... ¡Ah!.... ¡Oh!.... (Baja la cabeza, se le sume el sombrero, y grita:); Ya no veo!... ¡Me muerdo!.... (Llegan al patio, Gregorio se escabulle y se limpia el sudor). Es mucho, es mucho lo que hoy me pasa.... (Tembloroso y mirando hacia arriba). ¿Ya no baja nadie?

Cargador. Ya no, señor amo.

Gregorio. (subiendo). Vaya, vaya....

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor....

(Llega á la puerta y llama repetidas veces, hasta que una criada responde).

Criada. ¿Quién es?

Gregorio. Yo.

Criada. ¿Cómo se llama vd.?

Gregorio. Gregorio.

Criada. ¿Gregorio de qué?

Gregorio. Ventrículo.

Criada. ¡Ha! ¡ha! ¡qué nombre!.... No conozco á vd.

Gregorio. ¿Y qué tenemos con eso? Abra vd.

Criada. ¿Cómo he de abrir si Doña Mariquita se llevó la llave.

Gregorio. ¿Qué dice vd?.... ¿pues qué, salió?

Criada. Salió con el señor.

Gregorio. Pero si me ha convidado á comer.

Criada. Ellos se fueron á comer en casa de un amigo: yo como sola y si tuviera la llave....

Gregorio. (¡Si tuviera la llave!.... comería con ella.... es bonita, y luego mi estómago.... esta hambre que no me deja....); Es una infamia! ¡es una picardía encerrar así á una niña como si fuera loca!....

Criada. ¡Pobre de mí!....

Gregorio. ¡Pobrecilla!.... ¡pobres tripas mías!....

Criada. Si ha venido vd. dos minutos antes, encuentra sin duda á mi ama....

Gregorio. ¡Dos minutos!.... Un cuarto de hora estuve en subir la escalera.... Y luego tantos contratiempos en la calle.... quizá desesperada.... (Bajando). Paciencia.... y seamos filósofos.

Tus ojuelos, niña,
me matan de....

¡Ah! señor portero, zapatero y preguntón, ¿por qué no me dijo vd. que había salido Doña Mariquita, y no hacerme pasar tantos trabajos con la cómoda y el armario?

Hombre. Usted no me preguntó si estaba en casa Doña Mariquita.

Gregorio. ¿Conque no pregunté?

Hombre. No: lo que vd. me preguntó fué que si Doña Mariquita se mudaba....

Gregorio. Pero era natural presumir.... (saliendo á la calle). No se puede vivir en México, y sobre todo, vivir sin comer: las tres van á dar, y el hambre me aprieta.... Es fuerza comer. No hay remedio, Pancracio vive hasta cerca de San Antonio Abad.... una legua... Doña Gervasia... pobre vieja que me ha hecho tantas instancias para que coma con ella un día... ¡Oh! mi afecto.... mi cortesía.... necesario es no ser ingratos.... Y hasta la calle del Reloj.... No importa: tengo buenas pier-nas.... (Bájase de la acera y anda por medio de la calle; así camina gran trecho hasta que, huyendo de una diligencia, se hunde en una atarjea). ¡Oh! ¡oh! ¡uh! ¡uh!.... Maldita diligencia.... y ensuciarse el pantalón nuevo de polaina que tanto trabajo me costó ponerme.... ¡Oh fuerza del sino! ¡Oh ciudad condenada! parece que una legión de demonios se ha soltado en tus calles.... ¿Y cómo limpiarme? esperaré á que se seque: lo bueno es que Doña Gervasia es vieja, y no será me-

lindrosa, y no le dará asco mi pantalón.... (Sigue su camino. Después de trasponer muchas calles ve un anuncio de teatro fijado en una esquina). Iré esta noche á la comedia.... (Párase á leer el anuncio). "Se representará el drama de grande "espectáculo,"—Entiendo que debería decirse "aparato."—"en cinco actos y diez "cuadros,"— ¡Aprieta!—"puesto por primera vez "sobre" la escena:"—Como quien pone una maceta "sobre" la mesa.—"Gefe de obra" de su autor el célebre D. J. P. O. X."—En su casa le conocen. "El nombre de su autor basta solamente"....—Si no lo ha dicho....—(Pasan varios españoles riendo y armando gresca: uno de ellos le tapa los ojos rompiéndole un vidrio de los anteojos). ¡Eh! ¡eh!.... suélteme vd. ¡Mis anteojos!....

Español. ¿A que no sabe vd. cómo me llamo?

Gregorio. A que no.

Español. ¿Pues qué ya no me conoces, Manolito?

Gregorio. Y si le conociera á vd., no le hablara por grosero.

Otro español. Súmele el sombrero, que es carlista.

Gregorio. No soy nada. Déjenme.

Español. (soltándole y fingiendo sorpresa). Usted dispense.... yo creí....

Otro. Se parece mucho.

Otro. Pues si Manuel es tan rechoncho como el señor.

Otro. Y se viste tan estrambóticamente como él.

Otro. Y tiene, así como él, espalda de elefante.

Uno. (riendo). Usted dispense la equivocación, señor.

Otro. (id). ¡Oh señor! ¡cuánto siento la equivocación!

Otro. (id). ¡Ay! me ha traspasado el alma la equivocación. (Vanse riendo; Don Gregorio huye echando espuma).

Gregorio. ¡Maldita pandilla!... A no haber sido el insulto en la calle, acabo con media docena de ellos.... ¿Y mis anteojos?... sólo me han dejado un vidrio.... Paciencia y filosofía, que ya estoy en la calle de las Escalerillas, y pronto en la del Reloj. (Llega á la casa y pregunta al portero). ¿Está ahí Doña Gervasia?

Portero. Sí señor.

Gregorio. ¿Está sola?

Portero. Sí señor.

Gregorio. ¿Con que no hay visitas?

Portero. No señor.

Gregorio. (subiendo y frotándose las manos). Bueno, bueno, no habrá impedimento, y pronto llenaremos el vientre.... (Llama al portón, y al instante le abren). ¿Podré ver á la señora?

Criada. Sí.

Gregorio. Avísele vd. que aquí estoy.

Criada. No hay necesidad; entre vd., está en la sala.

Gregorio. (al oído de la criada). ¿Ya comió?

Criada. No señor, estoy poniendo puntualmente la mesa, y me alegro que haya vd. venido, porque la señora estaba triste al contemplar que tenía que comer sola.

Gregorio. ¿Sola?

Criada. Todos los niños comen fuera de casa.

Gregorio. ¡Bueno!... quiero decir que me alegro de que se distraigan....

Criada. Entre vd., yo voy á acabar de poner la comida.

Gregorio. (entrando). ¡La comida!....

Al recordar aquesto ya respiro
el hálito vital de la esperanza,
palpitan las entrañas conmovidas,
y el pecho fervoroso se dilata.

¡Oh cómo aumentan el placer unos buenos versos y el olor de la cocina que trasciende hasta aquí! (Gregorio entra á la sala y ve á Doña Gervasia recostada en un sofá, y muy envuelta). ¿Por qué tanto recogimiento? Algún dolorcillo de cabeza, constipado: ¿no es verdad?

Gervasia. No señor.

Gregorio. (sentándose). ¡Vaya! mucho me alegro.

Gervasia. Lo que únicamente tengo es una basca intolerable.